

DAVID MONTEAGUDO

BRAÑAGANDA

BARCELONA 2011



ACANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2011 by David Monteagudo Vargas
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 978-84-15277-37-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 33 800-2011

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

APROXIMACIÓN

Vamos a volar sobre un mar frío y encrespado. Vamos a sobrevolarlo en un vuelo rasante; a una altura desde la que podemos ver el majestuoso ondular de su superficie, los matices cambiantes de su azul ceniciento y los penachos de espuma que se levantan en la restallante cúspide de las olas.

Volaremos sobre este mar en dirección sur; y después de recorrer varias millas viendo pasar bajo nuestros pies ese único y monótono paisaje, llegaremos a una costa rectilínea y abrupta como un muro: una tierra en la que el verde de los prados se acaba al borde mismo de los acantilados: los acantilados a cuyo pie rompen las olas desechas en espuma, con un sordo bramar que hace temblar la tierra; los acantilados de piedra parda y geométrica, como un hojalde de estratos inclinados; con una primera franja perdida y reconquistada eternamente a las mareas, húmeda y rezumante, cubierta por la pálida lepra de pequeños moluscos que se adhieren a las rocas.

Pero el talud rocoso de la costa tiene una herida, y hacia allí nos dirigimos. Es la dilatada boca de una ría, por la que el mar penetra en la tierra y se va apaciguando hasta acabar constreñido entre las verdes montañas, mezclado con el agua dulce del río.

Pero la ría no es nuestro destino: la sobrevolamos por su centro mismo, dejando atrás, en una y otra orilla, el bullicio colorista de la actividad humana, de los pueblos ribereños con sus barcos de pesca meciéndose sobre los movidos reflejos del sol, y nos internamos cada vez más en el seno de las montañas, en las estribaciones de un macizo

montañoso que extiende sus cumbres hasta donde alcanza nuestra vista.

Seguimos el río en dirección a sus orígenes. Vemos cómo su cauce asciende trabajosamente mientras se engolfa en el imponente macizo, cómo serpentea en vueltas y revueltas cada vez más tortuosas al tiempo que la vegetación se hace más feraz y apretada, los verdes más oscuros y austeros. Se ven pequeños núcleos de población, dispersos, diseminados por la falda de las montañas; y la línea discontinua, oculta a trechos por las copas de los árboles, de una delgada carretera que sigue tenazmente el sinuoso trazado del río.

Pero también la carretera, y el arbolado cauce, desaparecen de nuestro campo de visión, porque hemos derivado hacia la derecha siguiendo el recorrido de otra calzada aún más angosta, en realidad un camino, que se aleja y trepa zigzagueando por la montaña, decidido a abandonar el valle, llegar a lo alto de una pequeña cordillera en donde cruza un páramo desprovisto de vegetación, y descender de nuevo para internarse en otro valle o quebrada, todavía más estrecho y montuno.

Este valle es el punto de encuentro de unas montañas eminentes, de cimas redondeadas expuestas a los cuatro vientos, cubiertas tan sólo por alguna roca y una vegetación grisácea de secos matorrales, resultado de algún incendio o de la codiciosa explotación maderera. Las montañas tienen un aire reposado y maternal, como viejas e imponentes matriarcas, pero en el último tramo de su falda, en su postrera caída, se inclinan en vertiginosa pendiente que confiere al valle un perfil hendido y afilado. Estas vertientes aparecen tapizadas por bosques trepadores de apretada verdura, o despeñaderos rocosos, o inconcebibles campos dedicados al pasto o a la agricultura que cuadriculan la insegura verticalidad de la pendiente. Un río joven y nervioso, puro y

elemental, salta y se remansa en el fondo de la quebrada, en donde la vegetación es más espesa; y tan sólo algunos caseríos dispersos y alguna edificación solitaria denotan la presencia del hombre en esta garganta.

A este lugar lo vamos a llamar Brañaganda. En este escenario se desarrollará nuestra historia.

No está tan lejos el mar que sobrevolábamos hace unos minutos: si volvemos la vista atrás, hacia el norte, aún lo podemos distinguir como una franja neblinosa, de un azul difuso que se superpone al horizonte terrestre. De hecho, el mar se puede ver, en los días despejados, desde la más alta de las montañas que dominan el valle, desde su cima redondeada como un pecho de mujer, coronada por un pezón de granito.

Pero la mayoría de los habitantes de la garganta no ha visto nunca el mar, ni tiene expectativas de llegar a verlo en toda su vida. La mayoría de los habitantes de la garganta bulle y trajina en lo hondo de la quebrada, o en los campos cercanos al río, con el único afán de subsistir un día más, en su esencial pobreza, separados del océano—tan cercano—por una geografía tan severa como su atraso y su secular aislamiento.

En este escenario se desarrollará nuestra historia, y las gentes que lo habitan serán sus protagonistas. En realidad, la historia ya ha empezado. Sus actores ya han comenzado a moverse: Si aguzamos un poco la vista hacia uno de los vertiginosos prados que descienden hasta el río, distinguiremos dos diminutas figuras que trepan, como hormigas, por su superficie verde e inclinada.

LOS PRADOS INCLINADOS

Siempre me acordaré del día en que el *lobishome*, ya entrada la noche, mató por primera vez.

Recuerdo que al mediodía, como tantas otras veces, Cándida y yo nos habíamos escapado a la braña de Boral, aprovechando la media hora de libertad que nos quedaba desde que salíamos de la escuela hasta la hora de comer.

Mi madre nos vio salir corriendo y se limitó a gritarnos—segura de que la oíamos—que volviéramos pronto, que no nos entretuviéramos porque la comida estaría lista enseguida. Mi madre era la maestra y en mi casa, que también era la escuela, teníamos cada día dos o tres niños, o cuatro, sentados a nuestra mesa a la hora de comer. Algunos de sus alumnos vivían muy lejos, en remotos caseríos del valle, y mi madre les ofrecía por propia iniciativa una buena comida caliente; porque los padres de esos niños sólo les podían dar un mendrugo de pan y un poco de tocino para pasar el día.

Mi madre sabía que Cándida y yo habíamos cogido la costumbre de ir a corretear a la braña de Boral a esa hora del día. La braña era un campo dedicado al pasto, cuadrado como una manta y bastante extenso, y situado en una pronunciada pendiente que lo hacía especialmente atractivo para nuestros juegos. No era visible desde la escuela; pero estaba muy cerca. Para llegar a él sólo había que atravesar el río por el puente del molino, y subir luego unos metros más por una *corredoira* que giraba hacia la derecha, siguiendo el cauce del agua.

Cándida y yo llegamos corriendo al pie de los pastos,

bordeados por un muro de carballos y húmedos helechos que sobrepasaban nuestra estatura. Miramos hacia arriba; hacia la inclinada superficie del prado: una pared de hierba que se alzaba casi en vertical delante de nosotros, y a la que no le veíamos el final debido a la suave preñez que combaba la ladera.

Sin previo acuerdo, sin mirarnos siquiera, rompimos el breve instante de contemplación y echamos a correr hacia arriba con todas nuestras fuerzas, trepando literalmente con pies y manos, resbalando a cada poco, sorteando algún excremento de vaca demasiado reciente.

Cándida era por aquel entonces más alta y delgada que yo, y—vergüenza me daba reconocerlo—también más fuerte. Aún recordaba con cierto rubor una vez que me cogió en brazos y me llevó así un buen trecho, resistiendo firmemente mis pataleos. Cándida era pálida y rubia, y tenía un aspecto frágil y delicado; pero ocultaba un voluntarioso vigor y una fuerza insospechada en sus brazos delgados.

Pero corriendo aún no me había ganado nunca. Llegué a lo más alto del prado unos segundos antes que ella y me apoyé exhausto, ignorando el herrumbroso alambre de espino, en la vieja empalizada de madera que cedió muellemente a mi peso como si también estuviera cansada. Poco después llegó Cándida e hizo lo mismo. Unas hierbas recias y curvadas que crecían al pie de la valla nos acariciaban suavemente las pantorrillas. Habíamos llegado allí sin fuerzas, con los músculos entumecidos, embriagados por el propio agotamiento y la falta de oxígeno; y ahora respirábamos con avidez, a grandes bocanadas. El aire frío nos quemaba en los pulmones y en las mejillas, y nos humedecía los ojos abiertos a la grandiosidad del paisaje.

Estábamos a finales del invierno y el día era soleado; pero soplaba un viento del oeste frío y constante que arrastraba

rebaños de nubes por el cielo. Las sombras de las nubes bajaban sin ruido por la ladera, presurosas, imparables; cruzaban sesgadamente el tortuoso cauce del río y se perdían en los confines del valle, dibujando su ondulante caricia sobre las montañas.

Nos quedamos un buen rato recostados en la empalizada, uno al lado del otro, sin mirarnos, sin decir nada, trances sin saberlo por la grandiosidad de nuestro paisaje cotidiano; escuchando el silbido del viento al rozar las montañas, el silencio latente, poblado por los ecos de mugidos y esquilas del mediodía campesino.

La visión de las deslizantes sombras que proyectaban las nubes tenía algo de maravilloso que estimulaba la imaginación. Nada en aquel remoto valle anclado en el pasado corría tan rápido como aquellas grandes manchas grises de contornos desdibujados: ni la renqueante moto de Avelino, ni el caballo con el que el señor de Besteiro cruzaba al galope la gándara del Coudelo cuando algunas veces venía a la garganta.

La naturaleza parecía empeñada en prodigar indefinidamente aquel curioso discurrir de nubes fugitivas, que en-
viaba de forma cada vez más acompasada y regular; y Cándida y yo empezamos a seguir el recorrido de sus sombras desde que asomaban por las montañas, a nuestra espalda, hasta que pasaban, en un instante fugaz, justo por encima de la braña. Improvisamos un juego que consistía en adivinar cuándo la masa de sombra, que tapaba pasajeramente un cerro cercano—y corría después rastrera y traidora por un llano oculto a nuestra mirada—, nos alcanzaría privándonos por unos segundos de la luz del sol.

Cándida esperaba el azote de la sombra con ojos alucinados, con un asomo de temor en su ceño levemente contraído.

—¡Vamos a ver si corremos más que la nube!—dijo repentinamente—. ¡Bajamos por el prado y no nos pillaré!

—¡Cuando tape esa loma, echamos a correr!—propuse yo apuntándome instantáneamente a su propuesta.

Al poco rato apareció una nube propicia. Aquél era el momento. El cerro se oscureció por unos instantes y Cándida y yo echamos a correr prado abajo chillando asustados, excitados por nuestra propia invención. Lo abrupto de la pendiente nos dio enseguida una inercia excesiva. Bajábamos, saltando más que corriendo, a grandes trancos descontrolados y dolorosos.

—¡¡¡Que no nos pille!!!

Pero la nube, o su sombra, nos barrió sin piedad cuando estábamos a la mitad del descenso. Aniquilados, derrotados, abandonamos el penoso esfuerzo de mantener la estabilidad, de mantener como carrera lo que en realidad ya era una caída; y rodamos rebotando sobre la hierba mientras los pastos, y el cielo azul, y el verde de los bosques giraban vertiginosamente a nuestro alrededor. Un reborde a modo de escalón, que tenía el prado unos metros antes de su acabamiento, nos sirvió para frenar aquel loco rodar por la pendiente. Cuando me incorporé, sentado aún en el suelo, la pared de hierba y el valle entero oscilaban peligrosamente en torno a mí, o caían hacia un lado en continuada deriva. Pero los efectos del mareo fueron remitiendo; y entonces me di cuenta de que en mi camino había arrastrado una reseca bosta de vaca, medio deshecha, que aún colgaba de un hilo de mi jersey.

El saliente había frenado a Cándida dejándola en un cómico escorzo, a unos pasos de donde estaba yo. Nos miramos. Cuando nos dimos cuenta de que seguíamos indemnes y más o menos enteros, y de que la boñiga reseca oscilaba enredada en las hebras de mi manga, rompimos a reír al

unísono, espontáneamente, borrachos aún de nuestro éxtasis giróvago. Fue entonces cuando me di cuenta de que la falda de Cándida—una falda gris y sin forma, de niña campesina—se había remangado en torno a sus caderas mientras caíamos.

Llevaba unas medias altas; unas medias de invierno de grosera lana de color verde, con algún que otro agujero. A mí me desagradó vagamente la visión de aquellas medias arrugadas y medio caídas, sin gracia. Pero lo que se veía de los muslos era blanco y terso, y perfecto en su plenitud.

Entonces ella se dio cuenta de mi mirada; y yo me di cuenta de que ella se había dado cuenta. Seguimos riéndonos; pero la nuestra era una risa destemplada e interrogante, y Cándida se recompuso la ropa sin precipitación, como si se negara a aceptar que aquello tuviera importancia; y la risa se fue apagando por sí sola.

—Vámonos—dijo ella recuperando bruscamente su habitual vivacidad—. ¡Me muero de hambre!